LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS,

DRAMA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DOÑA CATALINA LARRIPA.

MADRID:
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA,
CALDERON DE LA BARCA, N. 4.
1866.

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS.

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS,

DRAMA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DOÑA CATALINA LARRIPA.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

PERSONAJES.

ZAIDA
ABOARDIL.
ALMANZOR.
ABENZAIDE.
ABEMBÚ.
FADRIQUE.
RAMIRO.
PEDRO.
MOROS 1.° y 2.°

Esclavos, soldados moros y cristianos.

Año 1430.—La accion del primer acto pasa en Granada, la del segundo en las cercanias de Antequera.

ACTO PRIMERO.

Salon árabe con puerta al foro y laterales: una ventana en el primer término de la derecha.

ESCENA PRIMERA.

ALMANZOR solo.

El sol ya camina pálido
tiñendo la tierra apenas,
con un resplandor rojizo
que por momentos se aleja.
Ráfagas por el poniente,
como desatadas ebras,
ya cubren el sol divino,
ya se extienden y acrecientan.
Mucho Abenzaide se tarda...
el que espera desespera.
Pero un hombre se aproxima...
muy recatado se acerca...
es él: ven! entra, insensato;
y cierra pronto esa puerta.

ESCENA II.

ALMANZOR y ABENZAIDE, que sale por la puerta de la derecha.

ALM. Gracias á Alá que has llegado!

ABENZ. Ya tu mas fiel Abenzaide
á tus mandatos aguarda.
Revélame tus azares:
soy tu siervo y confidente,
tu compañero en desmanes,
y nunca temí al peligro
ni me horroriza la sangre.
Ayer cumplieron dos años
en que salimos del Farge
y llegamos á Archidona
para buscar á tus padres.
Nos salió muy mal la cuenta...

ALM. Fué delito imperdonable;
no me recuerdes los muertos.
Una caja con diamantes,
esmeraldas y topacios,
oro, perlas y corales,
me obligaron á pensar
en esa accion tan infame.
La caja ya no existia;
la busqué por todas partes;
mi padre guardó en los campos
un tesoro inestimable:
Alá sabe dó se esconde!...

ABENZ. Y lo sabe vuestra madre.
Por esos montes huyó
como loca de remate,
y no hemos vuelto á saber...
os maldijo... y...

ALM. ¡Abenzaide!

ABENZ. Te acompañé con valor
hasta el horroroso instante
en que tu noble persona
desnudó su limpio alfanje,
y cercenó las cabezas
de tu hermano y de tu...

ALM. ¡Calle!
á qué vienen los recuerdos...
no lo digas, miserable!
Harto castigado estoy!
ya por dó quiera se me abre
un abismo, me horroriza

de Alá el rencor formidable!
Ese crecido tesoro
debe sin duda de hallarse
muy próximo de Archidona.
Allí le guardó mi padre
cuando se dijo el cristiano
caminaba á apoderarse
de Antequera, que sin tropa
se encontraba en aquel trance.
Con ansia busqué el tesoro
por montes, cerros y valles;
inútil: no; no ha podido
mi ambicion aun encontrarle.

ABENZ. Pasado mañana cumple...

ALM. Año que muerte me trae
feroz, violenta...

ABENZ. ¡Callad!
el porvenir no se sabe,
y no está bien el pensar...

ALM. Pero me emplaza una madre!
Recuerdo que entre sollozos
ella me dijo: «hijo infame,
parricida despiadado!
no puedo, no, perdonarte;
la maldicion de los cielos
para siempre te acompañe!
Á las manos de un cristiano
morirás; tu mismo alfanje
cortará tu vil cabeza...
es sentencia irrevoble!»

ABENZ. No te inquiete ese recuerdo:
palabras se lleva el aire;
todo en el espacio muere;
todo en el espacio cabe;
no tiene castigo el crímen,
pues todo en el hombre es grande.
No te asuste esa quimera,
esa frente no se baje,
y el caudillo se convierta
en gusano miserable.

ALM. ¡La conciencia no me deja
sosegar un solo intante!

Pero hablemos de otra cosa.
ABENZ. Sí.
ALM. He mandado llamarte
para un servicio estimado,
y quiero que me acompañes.
ABENZ. Habla!
ALM. Conozco tu celo!...
ABENZ. Para tí mi aliento sale.
ALM. Aboardil quiéreme yerno,
pero su hija implacable
me desprecia de continuo,
y mi pecho en celos arde.
Apenas entre los montes
oculte el sol su semblante,
llegará Zaida la bella
á este sitio con su padre.
Han visitado la vega
y de Granada las calles;
acompañan á sus reyes
Gomeles y Abencerrajes.
Pronto en esta habitacion
el majestuoso donaire
de la Zaida encantadora
llegará aquí á solazarse,
y mil olorosas flores
soltarán olor suave,
y el corazon de Almanzor
rendido como galante,
recibirá mil desprecios
y aumentará sus pesares.
Zaida ama ya, lo sospecho;
pues suspiros lanza al aire:
no son por mí, desgraciado,
no son para mí, Abenzaide!
Ya de crímenes seguido
camino por todas partes,
y con sangre de inocentes
tiño mis blancos ropajes.
No sosiego, no descanso;
es fuerza que Zaida me ame...
me amará, si no la muerte
vendrá á este sitio á posarse.

ABENZ. Opino mejor seria
ese amor abandonarle,
y pensar en las houríes
que se encuentran por las márgenes
del encantado Genil
que por la vega se esparce!
Deja esas vanas quimeras,
empuña tu fuerte alfanje;
y sal, señor, con el rey
contra Málaga, que arde
en rebelion horrorosa:
cerrando ese pecho amante!

ALM. Olvidarla, es imposible!
no podré nunca, Abenzaide!
Mi pasion raya en locura...
blanco queda su semblante
cuando mis ojos la miran:
son perdidos mis afanes.
La tributo mil obsequios,
la rindo mil homenajes,
y mas se aumenta su odio
cuando para mí es un ángel.
¡Me llama vil, asesino!...

ABENZ. Muéstrate para ella el árabe
del solitario desierto.
Soy del castillo el alcaide;
el solo guardian de Zaida,
el solo que entra, que sale
durante el sol nos alumbra.
Cuando se acaba la tarde
cierro las puertas por fuera,
y la Zaida al retirarse
las cierra tambien por dentro.
Cuando mas la noche avance...
por esa puerta secreta,
que no la conoce nadie
mas que tú y este vasallo,
entramos, y cuando raye
un nuevo dia, será tuya.

ALM. Ordenaremos el lance
con sigilo y precaucion.
Para esta noche prepárate.

ABENZ. Mas gente se acerca.
(Váse por la puerta derecha.)
ALM. Oh, Zaida!
no quieras que otro cadáver
vaya en pos de mi conciencia!
(Sale Abembú por el foro.)
ABEMBÚ. Los esclavos.
ALM. Pronto, pasen.

ESCENA III.

DICHOS y FADRIQUE, RAMIRO, PEDRO y varios ESCLAVOS.

ALM. Coged guirnaldas de flores
para la hija de Aboardil,
que ha visitado el Genil
y la vega y sus primores.
Viene hermosa cual la estrella
que saluda la mañana;
es fresca flor tan lozana
que no se encuentra mas bella.
Con gasas y oro fulgente
la mujer mas oriental,
y su cabello luciente
madejas son de cristal.
El agua del Dauro pura
que nuestro palacio baña
da gracias á la natura
de ver la flor de la España.
Las aromas y corales
de este risueño alijar,
alivian secretos males
de la Zaida Abenamar.
Esclavos, con vuestras manos
arrancad de aquesas breñas
de jaspes hermosas peñas
para levantar ufanos
un palacio encantador,
do se alvergue nuestro rey
Aboardil, y allí dé su ley
al esclavo y al señor.
(Váse por el foro seguido de Abembú.)

ESCENA IV.

FADRIQUE, RAMIRO y ESCLAVOS.

FAD. Estar siempre condenado
entre mortales angustias!
El sello vil del esclavo
lo lleva mi vestidura!
Ya he perdido la esperanza;
ya he perdido la fortuna!
Zaida, la mujer mas bella!...
RAMIRO. En qué ese pesar se funda?
Son amores que en el pecho
van por veredas ocultas,
vagando sin encontrar
la rueda que el hombre busca?
Dejaos de vanas quimeras:
reprimid la fuerte lucha,
ó embestid como el leon
que lo que agarran sus uñas
lo despedaza primero
y despues se lo manduca.
FAD. Calla y no digas sandeces,
RAMIRO. Como son porciones muchas,
hay que dejarlas pasar,
pues crecen como la espuma.
FAD. Zaida!
RAMIRO. Precioso bocado.
Cuando la mala fortuna
nos hizo allí prisioneros
aquesa perversa turba,
nos encajó con cadenas
en una mazmorra oscura,
y sin luz y sin colchon
sobre la tierra tan húmeda,
pasamos unos seis meses
con muy buenas calenturas.
Pero Zaida, cariñosa,
ella misma nos anuncia
la libertad concedida
á los esclavos, «se funda

mi esperanza, fiel cautivo,
te dijo su voz convulsa,
en amarte y que me ames,
pero tu lengua sea muda.
Piensa en Zaida, que te adora,
que te ama cual ninguna:»
eso me has dicho, te dijo
aquel ángel de hermosura.

FAD. Cómo verla, cómo hablarla?

RAMIRO. Una ocasion oportuna
es fácil se proporcione.
Sí; pon atencion y escucha.
La dices: te quiero, niña,
y muy poquito de bulla.
Vente al campo del cristiano...
ordenaremos la fuga...
te acompaño y santas pascuas:
luego la noche no alumbra...
los gatos se vuelven pardos...
no es mala la barahunda!
Damos muerte á seis moritos,
que por su negra fortuna
nos atajarán el paso.
Estas empresas me gustan;
y armados ambos á dos,
por aquestas espesuras,
un trote bien picadillo
nos conducirá sin duda
al puerto de salvacion;
conque á pensar en la fuga.

FAD. Ese intento será vano,
que la vigilancia es mucha...
se dice que á las mazmorras
volveremos.

RAMIRO. Eso nunca!
Primero venga la muerte.
Por vida del preste Judas!
ella de cierto te quiere,
no será mala diablura
que mañana, cuando el sol
que los espacios alumbra,
alumbre aqueste castillo,

se encuentre que falta una
de las moras mas hermosas
y que ya no la saluda.

FAD. Si por desgracia sorprenden
nuestra proyectada fuga,
qué será de la infeliz?
Oh!

RAMIRO. Nada: la desmenuzan,
y á nosotros dos con ella,
despues de sangrienta lucha!

FAD. Cuando salió del palacio
me dijo... Fadrique, busca,
y encontrarás, te lo juro,
un remedio á tus angustias.
Los muros aun mas espesos
no resisten á las puntas
de un arma: muy poco á poco
eso que llaman fortuna
se halla, mi buen Fadrique,
pues te quiero con locura:
y Zaida te seguirá
aunque la espere una tumba.
Sus mejillas delicadas
dulces lágrimas la surcan,
y un ¡ay! exhaló á los vientos!
Tambien de la Vírgen pura
una oracion me pidió,
la que el cristiano acostumbra
á rezar cuando los ojos
sus lumbreras fiel oculta.
Se la dí, «que sea mi faro,
sus puros labios pronuncian.
Quiero, cristiano, á tu Dios,
pues son sus doctrinas justas.»
Dey rey el séquito avanza
y bajan á la llanura:
mis ojos ya no la ven...
tan solo un eco se escucha
que me dice: fiel cautivo,
á tu bella Zaida busca.

RAMIRO. La buscaremos, señor.

FAD. ¡Dios me ha servido de ayuda!

he minado desde el bosque
hasta la pieza que junta
con aquesta habitacion.
Una enorme piedra, una...
(*Toca en la pared de la izquierda.*)
es la que solo me falta...
esta debe ser, no hay duda.
Cuando todos se retiren
y sea la hora oportuna,
emprendemos el trabajo
para conseguir la fuga.

RAMIRO. Vamos á hacer una buena;
pero una buena que luzca:
ahora sí que á los infiernos
he de hacerles yo que crujan.
Primero, busquemos armas.

FAD. Las situaciones abundan
y hacen mas fácil los medios.
El rey batirá esa turba
que dicen se ha sublevado
con desenfrenada furia.
Ya Málaga alza pendon
y el rey sus legiones junta
para salir esta noche
á vengar tamaña injuria.

RAMIRO. Tambien dicen que Almanzor
quiere por esposa suya
á Zaida...

FAD. Ella le desprecia
y muchas veces le injuria.
Asesinó á su buen padre,
y entre mortales angustias
su madre perdió el sentido;
huyó por esas llanuras;
asilo buscó en los montes
y en ellos halló la tumba.

RAMIRO. Y no cortan su cabeza?

FAD. El rey le presta su ayuda,
le favorece, le ampara,
y dice que le calumnian.

RAMIRO. ¡Está bien! si yo le cojo
le dejo como la luna...

hecho cuartos. (Dos esclavos entran luces.)

PEDRO. ¡La oracion!
Antes que llegue la bulla
de esos hijos del Averno,
Fadrique, como acostumbras
dinos la salve divina.
La Vírgen nos dé fortuna!

TODOS. Sí.

RAMIRO. De rodillas! Vírgen madre!
(Todos los Esclavos se acercan y se arrodillan.)
vuestros hijos os saludan.

FAD. Limpia las almas del pecado impuro,
hermosa Madre del Divino verbo;
ruégale por nosotros, Madre mia!
á tu Hijo, gran Señor del universo!
Tú, clara luz de la creencia santa;
piedra fundamental del sentimiento;
bálsamo que nos cura del pecado
y nos abre las puertas de los cielos.
Eres amparo fiel de desvalidos;
nuestra madre en el triste cautiverio;
¡floron hermoso que brillante vive
de los cristianos en el santo templo!
¡Libertad te pedimos, gran Señora!
¡Palabra santa que nombró el Eterno!
rompe nuestras cadenas, Vírgen pura,
y todos libres por tu amor seremos!

RAMIRO. Amen, que quiere decir, sea. (Se levantan.)
Sé de latin como un cura!
chis, ya vienen los moritos,
tambien el de cara adusta.
Almanzor... si yo te cojo
haz de la vida renuncia.

ESCENA V.

DICHOS, ABOARDIL, ALMANZOR, ABENZAIDE, ABEMBÚ y SOLDADOS.

ABOARD. Esclavos, Zaida la bella
viene al castillo
del cielo cándida estrella
la dé mas brillo.

Id: tributadla canciones;
dadla alegria,
cesen las aflicciones
del alma mia!
(Vánse los Esclavos por el foro cantando.)

CORO. Ya á su castillo
vuelve la hurí,
la mas hermosa
de este confin.

ESCENA VI.

DICHOS menos los ESCLAVOS.

ABOARD. Esos rebeldes impios
en asonadas villanas
harán que gentes cristianas
gobiernen los pueblos mios.
Todo el poder agareno
sucumbirá con presteza
y humillará su cabeza
á los pies del Nazareno.

ALM. Gran señor, el yatagan
que cuelga de mi cintura
castigará la locura
vil de los hijos de Cliam.
La corona que tus sienes
ostenta, será querida
de esa gente envilecida;
me haré dueño de sus bienes;
sus cabezas apiñadas
trague la mar en su seno
y viertan allí el veneno
de sus traiciones menguadas.

ABOARD. Que Málaga alza pendon
contra mí!... feroz venganza
he de tomar sin tardanza
castigando su traicion!
Dividido en bandos fieros
el reino que me legaron,
y todos fieles juraron
ensangrentar los aceros

en defensa de su rey;
todos hoy con vil encono
atentan contra mi trono
despedazando mi ley.
De Almuñecar los traidores
olvidando mi decoro,
me robaron el tesoro
y el eden de mis amores.
Por la traicion infame envilecidos,
vereis frustarse vuestro intento vano;
mañana os cogerán desprevenidos
las legiones mandadas por mi hermano;
sacará de sus pechos la mancilla
con la punta temible de su lanza,
allí se agostará tan vil semilla
matando tan inícuas esperanzas.

ALM. Ah, señor, suspended vuestro quebranto,
no os aqueje el pesar: los rios sangrientos
veloces marcharán, y con espanto
destrozados verán sus monumentos:
á torrentes su sangre maldecida
riegue las plantas de su fértil vega;
sus ambiciones paguen con la vida;
halle el azar el que en traiciones juega!
Á la ciudad rebelde trague el fuego,
la llama abrase su canalla impia;
Alá desoiga su ferviente ruego
y gocemos, señor, en su agonia.
Nada de compasion á sus dolores;
agóstense sus campos maldecidos,
y esa mar les aumente sus horrores
con sus roncos y horrísonos bramidos.

ABOARD. Bien, Almanzor, bien, eres brioso,
buen servidor y singular guerrero;
cuando la guerra acabe, cariñoso
te entregaré la joya que mas quiero.
Zaida, que es mi esperanza, mi consuelo,
la luz del alma, deslumbrante y bella;
diamante desprendido de ese cielo,
que vino al mundo para ser mi estrella!
Tuya será, Almanzor, si ahora se obstina
en no admitir tu mano, esperaremos,

es tan sencilla y pura; tan divina,
que al fin su corazon conquistaremos.
Tú, como amante tierno y obsequioso,
yo, como padre que su bien ansia,
verás como consigo cariñoso
que reina de tu harem se llame un dia!

ALM. Ah! no lo espero, porque horror la inspiro:
y al sufrir, gran señor, rudos desdenes,
loco de amor por su rigor deliro;
arde mi sangre en mis hinchadas sienes.
Yo que sufro el dolor que me devora,
que solo para amarla aliento y vivo,
noto que Zaida con angustia llora,
y temo que ame.

ABOARD. Á quién?

ALM. Á algun cautivo!

ABOARD. Qué escucho! Vive Alá! tamaña afrenta
ni aun en tu labio que resuene quiero!
Has mentido, Almanzor!... y ten en cuenta
que tal sospecha ni á tu amor tolero.
Si algun perro cristiano, Alá bendito!...
quita á mi mente tan horrible idea!...
Tal baldon no es posible que esté escrito;
en Zaida no caerá mancha tan fea!
Otra vez los cautivos encerrados
en la mazmorra arrastren sus cadenas.
Calma, Almanzor, tus celos desdichados;
que aparezcan mañana en las almenas
cuando su luz esparza el nuevo dia,
las cabezas de todos enclavadas
en desagravio de la ofensa mia!...

ALM. Tus órdenes serán ejecutadas!

CORO DE ESCLAVOS.

Bien se iguala con los ángeles
tu sonrisa y tu candor;
los esclavos te bendicen
y te dan su corazon.

ESCENA VI.

DICHOS, ZAIDA, ESCLAVOS y SOLDADOS.

ABOARD. Mi Zaida, quiero marchar
al campo del enemigo.
Tú en el castillo te quedas;
esa parte que da al rio
te servirá de recreo;
asi lo quiere el destino.
Esos esclavos cristianos
en mazmorras recogidos
quedarán; espero, Zaida,
que no vuelvan al castillo.
Voy pues á reunir mis gentes:
á Málaga me encamino...
Zaida, tengo sed de sangre,
y con verterla me animo:
sangre correrá á torrentes,
puedes contarlo de fijo.
Aunque viejo, luchar quiero
contra turbas de enemigos;
la muerte á mí no me aterra,
ante ella no me intimido.

ESCENA VII.

DICHOS y ABEMBÚ, por el foro.

ABEMBÚ. Todo se halla preparado
y esperan vuestros guerreros.
ABOARD. Abembú, pronto te sigo.
ZAIDA. Padre, no temais; los pueblos
son débiles si les falta
la voz de su juez supremo.
Espantados correrán
ante tí, puedes creerlo.
Les falta un rey salvador;
la proteccion de los cielos;
hambre fatal los acosa,
azote de malos pueblos;

cual fieras asolan, talan
los campos de nuestro reino.
Un traidor es quien los manda,
y tu tesoro en el suelo
en Almuñecar lanzaron
esa turba de soberbios.
Si vences no los castigues,
y sumisos desde luego,
á tus plantas humillados
lágrimas todos vertiendo,
te serán fieles vasallos,
defensores verdaderos...
asi lo dice Alá santo
que dirige el universo.

ABOARD. Alá te guarde, querida.

ZAIDA. Vuestros pasos guie el cielo.

ABOARD. Buena entre las buenas eres.

ZAIDA. Vos de Granada portento.

ABOARD. Cuando de Málaga vuelva
se cumplirán mis deseos;
Almanzor será tu esposo:
esto á mi hija la ordeno.

ZAIDA. Padre, tened compasion!

ABOARD. Te rendirá los trofeos
ganados en buena liza.
Recibe de un padre tierno
los brazos; tu pura frente
de mi boca el santo beso.
Al punto, seguidme todos!
(La abraza y váse por el foro seguido de todos menos Almanzor, que se queda oculto.)

ZAIDA. Mi corazon queda muerto!

ESCENA VIII.

ZAIDA y ALMANZOR, oculto.

ZAIDA. Viene el vivir de las flores
en la hermosa primavera;
sus cálices matizados
nunca marchitarse piensan.
Viene el invierno furioso,
y aquellas flores tan frescas

en la nada sepultadas
van á ocultar su belleza.
Furioso por los espacios
el simoun les hace guerra,
marchitando y destruyendo
aquellas flores tan tiernas.
Llega pues el ciego niño,
su dardo en mi pecho asesta,
y amor asoma en mis labios
con sonrisas halagüeñas.
Pero mi pobre esperanza,
por el vendabal deshecha,
se pierde por los espacios
al furor de la tormenta!
Solo hay descanso en la muerte
para quien amores sueña!
(Almanzor se presenta ante Zaida.)
¡Pero qué miran mis ojos!...
el labio á decir no acierta...
Salid, respetad mi clase;
¿quién os ha dado licencia
para que en este aposento
os detengais? ¡salid fuera!

ESCENA IX.

ZAIDA y ALMANZOR.

ALM. Eres tú la hermosa,
la mas bella hurí
que en nuestros arenes
ocultarse ví.
Te rinde homenage
aqueste confin.
Despojos de guerra
ganados en lid
á tus plantas puso
el moro gentil
llamado valiente...
suspiro por tí.
De hermosas diseño,
tu fino matiz

envidian las flores
del bello jardin.
Tus ojos de cielo
robaron de aquí
(Se lleva la mano al pecho.)
la calma preciosa...
¡no puedo vivir!
Zaida; por tus ojos,
por mi amor sin fin,
no con tus desdenes
me hagas infeliz!

ZAIDA. Valiente guerrero,
bizarro adalid,
sin par en la guerra
te llaman aquí!
Raudales de llanto
mataron mi abril;
cual hoja ya seca
quedé sin matiz.
Hermosas matronas
suspiran por tí;
son ángeles bellos,
te harán sonreir.
Sus rostros de nacar
colora el carmin;
son flores que baña
el claro Genil.
Su pecho es de amores,
y sienten allí
amor delirante
que da este pais.
Bien puedes amarlas
y déjame á mí,
porque tus amores
me harán infeliz.

ALM. ¡Oh! rayos del cielo!
basta de sufrir!
que brote la sangre
del hombre ruin
que el pecho interesa
de tan bella hurí!
Que en rojas corrientes,

que tiñan la vid,
la sangre de esclavos
cual otro Genil,
corra por la vega!
venganza!...

ZAIDA. Ay de mí!
Detente, Almanzor!...

ALM. Lo manda el emir!
Zaida, serás mia!

ZAIDA. Primero morir!

ALM. Maldita la estrella
que me hace infeliz!

(Váse precipitadamente por el foro, Zaida cierra la puerta.)

ESCENA X.

ZAIDA sola.

Ah! vete para siempre y no me sigas:
dile á ese pensamiento que te adula,
que Zaida, mientras viva, ser no puede
del hombre que la espanta y la repugna.
Solo á Fadrique adorará mi pecho
y de su amor aguardo la ventura.
Agitacion cruel el alma aqueja!
aqui en el corazon siento me abruma
hondo pesar! una voz me dice, ¡huye!
en el silencio de la noche oscura!
da tus joyas, diamantes y corales:
soborna pues la miserable turba.
Repítele al cristiano que le amas
desterrando las penas que le abruman;
huye con él, y de Almanzor le salva
en el silencio de la noche oscura.
Si no nos decidimos esta noche
mañana encuentro la callada tumba,
sepultando á la par inmunda fosa
mi amor, mi alma, y la existencia suya!
Yo no te dije, por do quiera busca
una ocasion feliz que se presente?
Ven pues, que la ocasion es oportuna.

Ya mi padre marchó contra rebeldes
y puede ser posible nuestra fuga;
la ocasion se presenta, bien amado,
y el mismo cielo nuestra empresa ayuda!
(Se siente ruido en la izquierda.)
Ah! ruido siento!... sí!... por esta parte!
Zaida! Zaida, valor! qué fiera lucha!
Mas, qué miro? esa piedra gira y cede!
Se aumentan de mi pecho las angustias!
(Con energia.)
Quién es el vil que con audacia tanta
ante mis ojos la pared derrumba?
(Cae una piedra enorme de la izquierda y sale Fadrique.)

FAD. Un esclavo que os ama con delirio,
y decidido con valor os busca!

ESCENA XI.

ZAIDA y FADRIQUE.

ZAIDA. Fadrique!
FAD. Ven á mis brazos!
ZAIDA. Ah!
FAD. Ven, cándida gacela!
Zaida bella, hermosa hurí
de miradas halagüeñas,
la gloria de mis amores.
ZAIDA. Repite tus bellas frases,
porque en tus labios son bellas,
viertan consuelo en un alma
tus palabras halagüeñas
y tus amores divinos.
Habla, pues, no te detengas:
mucho te amo, cristiano!
tu religion, que es la cierta,
yo la seguiré gustosa:
á tu Dios amo de veras;
todos tus mismos deseos
aquí en mi pecho se encierran.
La oracion que tú me diste,
todas las noches la reza

Zaida, puesta de rodillas
pidiendo á tu Dios clemencia?
FAD. Tanto amor me tienes, Zaida?
ZAIDA. Sin tí vivir no pudiera!
Si! te amo, como la rosa
que crece lozana y fresca,
adora al tierno capullo
que en su tallo se recuesta.
Te amo, sí, como el arroyo
que sus aguas serpentean,
buscando la mar su madre
que le llama placentera.
Te amo como el ruiseñor,
que con trinantes endechas
acaricia á sus hijuelos
sobre el nido en que se albergan!
Te amo como el cristiano
ama á su Dios, que en la tierra
dió su sangre bendecida
por romperle las cadenas.
Aquí, fijo en la memoria,
el afan que me atormenta.
Ya me dice cariñoso,
sigue la hermosa bandera
de Jesus el Nazareno,
el padre de las estrellas,
el que por amor al hombre
entregado fué á la befa,
y ciñó su pura frente
de espinas una diadema!...
y pendiente de una cruz
en voz dulce y lastimera,
perdónalos, padre amado,
perdónales su flaqueza,
ellos la muerte me dan;
yo les daré vida eterna!
Cristiano, llévame pronto
donde su luz resplandezca,
quiero el agua del bautismo!.
que tu Dios el mio sea,
y si exigiese mi sangre,
toda por él la vertiera.

Le rogaremos, Fadrique,
porque nuestro amor proteja.
Ay! el amor que te tengo
es una brillante estrella,
cuya luz penetra el alma
y rayos lucientes deja.

FAD. Ámame, ángel de amor, estrella mia;
flor del cielo en la tierra soberana;
lucero hermoso que mi Dios envia
para consuelo de la raza humana.
Sí! yo tu amor á nuestro Dios pedia,
porque este amor de su grandeza emana!
pintarle no podrá mi pobre labio,
inmenso! ardiente! sin dolor ni agravio!

ZAIDA. No temas que jamás te cause enojos,
pues este pecho con pasion te adora:
mira correr el llanto de mis ojos,
llanto copioso de la pobre mora!
Dame flores y aparta los abrojos
de la mujer que tu cariño implora:
Zaida te lo suplica, hija de un rey,
que abandona por tí su patria y ley.

FAD. Tambien, Zaida, por tí lo pierdo todo;
ábrase á nuestra fuga el ancho mundo;
sígueme, ángel de amor, y de este modo
se acabará nuestro dolor profundo.
Las sierras nos darán fiel acomodo,
no como abrigan al reptil inmundo,
como la madre que á su pecho tiene
el hijo á quien adora y lo mantiene.
Noche oscura nos cubre con su manto;
mis brazos te defienden, date prisa;
acabe para siempre tu quebranto;
contemple yo en tus labios la sonrisa
y seco quede tu copioso llanto.
¡La estrella salvadora se divisa!
Zaida, mañana cuando raye el dia,
esposos nos verá la patria mia.

ZAIDA. La empresa es atrevida, vana, loca;
nuestra mente delira, fiel cristiano...
si palabras de amor dice tu boca,
mi anhelo celestial no será en vano;

toda la pena que me abrume es poca!
Pero calla el secreto! ni á un hermano
nuestro plan de fugarnos se confie;
solos huiremos y que Dios nos guie!
(Sale Ramiro por el derribo, observando.)

ESCENA XII.

DICHOS y RAMIRO.

ZAIDA. Pero qué hablo, desdichada!
y las dobles centinelas
que guardan todo el recinto?
no hallo ninguna manera...
RAMIRO. Yo sí que la hallo, señora,
y mis palabras son ciertas.
ZAIDA. Fadrique, somos perdidos!
FAD. Recobra el valor y alienta!
Ramiro, mi fiel soldado,
mi compañero en la guerra,
el que nunca en los peligros
me abandonó.
RAMIRO. Bueno fuera...
y no os dejaré jamás.
Vos, Zaida, del cielo estrella,
confiad en vuestro esclavo;
tomo parte en esta empresa,
y si la muerte recibo...
no hay mas remedio, me entierran.
ZAIDA. Protéjanos la fortuna!
FAD. Nuestro Dios asi lo quiera!
RAMIRO. ¡No ha de querer! ¡Por mi vida!
tomemos pronto la puerta.
ZAIDA. Y los guardias, infelice?
RAMIRO. Buena salida está esa.
Nos encontramos al paso
un hombre que duerme ó vela.
(Saca un puñal.)
Se le aplica este instrumento
y queda como una yesca.
Seguimos el caracol
de las catorce revueltas,

y hallaremos otro tonto
muy puesto de centinela,
le damos un pasaporte
para la morada eterna.
Salimos al callejon
donde empieza la arboleda,
y con el paso muy lento
como el que camina á tientas,
llegamos á la muralla,
y con una escala puesta
trepamos hasta su altura,
bajamos con ligereza,
tomamos un trote largo,
cogemos oculta senda,
y en dos dias nos hallamos
en la ciudad de Antequera.

FAD. Salgamos, hermosa Zaida,
y el justo Dios nos proteja.

ZAIDA. Granada la bella,
jardín oriental,
tu Alambra querida
ya no me verá.
La dejo solita
perdida la paz,
llorosas las flores
de aqueste alijar.
Los limpios arroyos
acompañarán
la pobre sultana
con fiel amistad.
Pedidle á los cielos,
oh! pedidle á Alá
que proteja á Zaida
contra todo mal!
Adios, mis jardines,
solitos quedad!

RAMIRO. Salgamos, las horas
deprisa se van.

(Van á marchar y se detienen al oir un ruido por la derecha.)

FAD. Silencio! ruido se siente!

ZAIDA. Cerradas estan las puertas.

Fadrique, somos perdidos!
RAMIRO. Escondámonos depriesa.
Nada de miedo, señora!
nuestras armas vayan fuera:
(Sacan los puñales.)
en casos como el presente
hay que apelar á la fuerza.
Fadrique, ven á este lado
y el justo Dios nos proteja.
ZAIDA. Yo muero!
RAMIRO. Buena la hicimos!
FAD. Huye, Ramiro.
RAMIRO. Que vengan,
como no sean los demonios
yo les daré esta receta.
(Señalando el puñal. Se ocultan.)
ZAIDA. Qué mala fortuna tiene
quien nace con mala estrella!

ESCENA XIII.

ZAIDA sola.

Llorad, mis ojos, llorad,
en amargo desconsuelo!
mi amor remontó su vuelo
y murió en la inmensidad!

ESCENA XIV.

ZAIDA y ALMANZOR que sale por la puerta secreta.

ZAIDA. Almanzor! hombre maldito!
ALM. Me esperabas, Zaida mia?
ZAIDA. Callad vuestra lengua impia!
ALM. Mi amor, Zaida, no es delito.
Es un frenesí violento
que el corazon me devora;
una hoguera destructora
que ha emponzoñado mi aliento!
Y no pudiendo sufrir
por mas tiempo tus desdenes,

dispuesto por tí me tienes
á ser dichoso ó á morir!
Hoy tu padre me ha ofrecido
tu mano.

ZAIDA. Tenaz porfia!...
jamás!

ALM. Zaida, serás mia,
porque asi lo he decidido...
Tu padre se cambiará
cediendo al fin tu ruego,
y mi vida en este fuego
ardiente sucumbirá.
Por tanto, fiera mujer,
que despedazas mi pecho,
esta ocasion aprovecho,
pues te tengo en mi poder.
Un caballo prevenido
tengo de sin par bravura;
á llevarte á la espesura
del monte estoy decidido.
Sin mas testigo que Alá,
allí, mi amor insensato
has de premiar, ó te mato
y muero á tu lado!

ZAIDA. Ah!...

ALM. Sígueme, Zaida, y asi
me evitas violencia insana!

ZAIDA. Almanzor! Esta sultana
no ha nacido para tí!
Á mi padre eres traidor,
infame y mal caballero:
morir mil veces prefiero
á ser tu esposa!

ALM. Oh, furor!...
Acabe ya el miramiento;
vendrás conmigo!

ZAIDA. Jamás!...

(Salen Ramiro y Fadrique, y quedo se acercan á Almanzor.)

FAD. Infame asesino, atrás!

RAMIRO. Alto, moro!

ALM. Alá!

FAD. Con tiento!
(Fadrique sujeta á Almanzor; Ramiro le desarma.)

ESCENA XV.

DICHOS, RAMIRO y FADRIQUE.

FAD. Quita, verás de qué modo...
(Zaida sujeta á Ramiro, que va á dar muerte á Almanzor.)
ZAIDA. No corra sangre, cristiano!...
RAMIRO. No tiene sangre un gusano
que se arrastra por el lodo!
ZAIDA. Ramiro, por compasion,
dejadle vivir, lo quiero;
aquel que mancha su acero
no tiene buen corazon.
RAMIRO. Entonces, le amarraremos.
(Da su faja á Fadrique.)
Toma y apriétale bien
la boca...
(Fadrique se quita su faja y con ella le cubre la boca á Almanzor. Ramiro, en todo este tiempo está con el alfanje amenazando á Almanzor, que cae al suelo.)
ALM. Ah!
RAMIRO. Ahora veremos
quien nuestro paso...
FAD. Deten!
adónde?...
RAMIRO. Calla, y salgamos;
yo voy á ver prontamente
si algun nuevo inconveniente
Para escapar encontramos.
(Váse por la puerta secreta.)
ALM. Traicion!
FAD. Á mi Zaida amaba!
(Se oye un grito.)
DENTRO. ¡Ay!
ZAIDA. Es de Abenzaide la voz.
(Sale Ramiro con el alquicel y turbante de Abenzaida.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y RAMIRO.

RAMIRO. Señores, está con Dios,
fué necesario, estorbaba.
(Ramiro le da el turbante y al quacel de Almanzo Fadrique.)
Ponte este manto y su gorro,
yo este otro del que murió:
nadie nos conoce; no; (Lo hacen.)
la Vírgen nos dé socorro.
Salgamos apresurados;
otro esclavo tengo alerta,
con caballos enjaezados...
la puerta del campo abierta
Huyamos y sin demora!
huyamos, no me replique!
(Vánse Fadrique y Zaida, Ramiro se acerca á Almanzor y con mofa le dice.)
No es mal bocado la mora.
Se lo tragó don Fadrique.
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Campo donde se eleva una áspera montaña: á la derecha una choza; á la izquierda un rio. Moro 1.° y 2.° estan sentados alrededor de una fogata, calentándose. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

MORO 1.° y 2.°

Moro 1.° Yo estoy como un aturdido!
bonita fué la ocurrencia...
conque trepó por el monte
el demonio de la vieja?
no tendrá muy malas uñas;
el cielo nos libre de ella.
Parece toca á las nubes
aquesa encumbrada peña;
se necesitan dos horas
para subir á sus crestas.
Moro 2.° Fué cosa de dos minutos,
porque como una centella
se encaramó en lo mas alto
hácia la parte derecha.
Moro 1.° Y tú no pasastes miedo?
Moro 2.° Sí, me temblaron las piernas.
Hoy se cumplirán dos años

en que pasó la ocurrencia.
Era una mujer muy alta
de color algo morena,
con un puñal en la mano
y en la otra una linterna,
y con un grito espantoso
como ruge la tormenta
nos dice, venid, amigos,
donde el tesoro se encierra,
mi padre le habrá guardado
en esa encumbrada peña.
Un hijo vil le dió muerte
por recoger una herencia!
Él morirá en este monte
cual una terrible fiera!
que su madre le maldijo
y es preciso que suceda:
sacó un bote muy pequeño
y tambien una muñeca,
se untó de un agua muy verde
y se mojó las orejas,
luego debajo del brazo
y tambien en la cabeza...
y remontando su vuelo
desapareció la vieja.

MORO 1.° Pues señor, yo tengo un susto
que si por acaso viera
á esa hechicera infernal
me moriria, por fuerza!
Porque esas hechicerias...

MORO 2.° Si de pronto apareciera...

MORO 1.° Quieres callarte, mastuerzo!...
(Con mucho miedo.)

MORO 2.° Á mí no me importa; venga!
Me gustan las aventuras,
los misterios de las viejas,
los espectros, todo aquello
que muy doloroso sea.

ESCENA II.

DICHOS y RAMIRO, que sale por la derecha y observa si hay gente.

MORO 1.° Pero hablando de otra cosa.
Se dice que varias turbas
alzaron bandera en Málaga,
con una insolencia absurda
en defensa de Alboacen.
Es verdad?
MORO 2.° Mucho se abulta.
Tambien se dice que el rey,
para vengar tal injuria
bajará desde Granada
con sus legiones, que nublan
los campos por donde pasan.
(Óyese un trueno.)
Oyes? un trueno retumba.
Á que vemos á la vieja?
MORO 1.° Cómo á la vieja?
MORO 2.° La bruja.
MORO 1.° Se apareció con relámpagos?
MORO 2.° Es que la gusta la bulla.
MORO 1.° (Con susto.) Pero quién diablo me tienta?
MORO 2.° (Riendo.) La vieja será sin duda.
MORO 1.° La vieja?... no me la nombres!
MORO 2.° Esta noche te chamusca,
te lleva por esos cielos
cogidito con las uñas,
te hace contar las estrellas
dos á dos y una por una...
luego te suelta! qué golpe!
MORO 1.° Si me lleva á tal altura
es fácil no quede un hueso.
Tengo los pelos de punta.
(Ramiro se acerca á la choza, el Moro 2.° le ve y se coloca detrás del Moro 1.° temblando.)
MORO 2.° No ves una sombra negra?
(Al verla el Moro 1.°, quiere colocarse detrás del Moro 2.° y dan unas cuantas vueltas queriendo cubrirse uno con el cuerpo del otro.)

MORO 1.° Veo... trescien...tas... noventa y... una!
MORO 2.° Lo que mas... siento es... las armas.
MORO 1.° Lo que mas... á mí... me apura
es volar por... esos... cielos.
MORO 2.° Que viene!...
MORO 1.° Nos desmenuza!
RAMIRO. Gente se siente en la choza,
me encomiendo á la fortuna.
(El Moro 2.° apaga la luz.)
MORO 1.° Si de esta salgo... con bien,
no vuelvo á la peña... nunca.
RAMIRO. Han apagado la luz,
yo he de entrar, pese al demonio.
MORO 1.° Dice que... soy... un bolonio.
RAMIRO. Me echaré bien el capuz
y la espada en esta mano.
MORO 2.° Pues se acerca...
MORO 1.° Alá me valga!
RAMIRO. Al primero que no salga
le mato cual ruin gusano.
(Salen apresurados y se colocan en actitud suplicante.)
MORO 1.° Doña fantas...ma... pie...dad!
somos gente de la... le... lo...
(de susto me muero yo!)
gentes .. de buena amistad.
RAMIRO. De dónde sois?
MORO 1.° De Archidona.
RAMIRO. Y labrais aquesta tierra?
MORO 1.° Cuando nos deja la guerra
y el tiempo su calma abona.
Nos podemos retirar?
RAMIRO. Pronto, y por ese sendero.
(Les señala por la derecha.)
MORO 1.° Soy su amigo verdadero.
RAMIRO. Ea, basta ya de charlar.
Huid de aquí con presteza.
MORO 2.° Pero...
RAMIRO. No admito reproche,
al que vuelva aquí esta noche
le costará la cabeza.
(Vánse corriendo. Ramiro da con su espada dos

tres golpes al Moro 1.°)

ESCENA III.

RAMIRO solo.

Todo ha quedado tranquilo,
solo interrumpe el silencio
de la noche el ruido vago
que forma veloz el viento.
Zaida no puede seguir:
si pudiera en este suelo
encontrar un escondrijo...
(Recorre la escena.)
Oh! no hallo ninguno bueno.
Lo mejor es que subieran
á la altura de ese cerro...
Pero Zaida es imposible!
Ya sus pies finos y tiernos
cuatro leguas han andado.
De la mañana el lucero
se divisa en el Oriente!
¡Oh! ya que cerca tenemos
el puerto de salvacion,
nos quedamos sin remedio
otra vez á la merced
de lo que ordenen los cielos.
¡Qué noche, válgame Dios!
los relámpagos, el trueno,
los soldados que nos siguen,
todo nos marca ya el paso
de la desgracia fatal.
(Mira á la izquierda.)
Desde aquí diviso el pueblo
de Antequera... si pudiera...
(Queda pensativo.)
eso será lo mas cierto.
(Se llega á la derecha y llama á Zaida y Fadrique.)
Fadrique, Zaida, pasad,
no tengan ningun recelo.

ESCENA IV.

RAMIRO, ZAIDA y FADRIQUE.

ZAIDA. ¡Ah!
RAMIRO. Zaida, tened valor!
ZAIDA. Ramiro, si andar no puedo!
FAD. Dios protege nuestra fuga.
ZAIDA. En ese Dios confiemos!
Ramiro, dame tu mano; (Se la da.)
RAMIRO. Señora, no tengais miedo.
Esta choza os dará abrigo
por unos breves momentos.
(Se sienta Zaida.)
Calentaos, mi buena Zaida,
pues yo salgo desde luego
para llevar el aviso.
Los cristianos es lo cierto
que entusiasmados vendrán
todos para defenderos.
En Antequera se hallan
de valor muy buenos tercios:
pronto la vuelta daré;
en esa peña escondeos,
y cuando aparezca el sol,
rey de todo el universo,
me encontraré en Antequera
de su luz á los reflejos.
Estas lágrimas que corren
son las primeras que vierto:
un abrazo, mis amigos!
y un milagro, Dios eterno!
(Váse precipitadamente por la izquierda.)

ESCENA V.

ZAIDA y FADRIQUE.

ZAIDA. ¡Qué noche! sin un descanso,
acosada por el frio!
Solo encontramos de dia

en los montes fiel abrigo!
FAD. Nuestros caballos quedaron
desmayados y rendidos,
y cual fieras por lo montes
buscamos seguro asilo.
ZAIDA. Vamos, Fadrique, yo tiemblo! (Se levanta.)
El sol extiende su disco,
pero estas tupidas nubes
no dejan salir su brillo,
que turbias marchan las aguas
de aquese pequeño rio!
Peña que tocas al cielo,
da á mis amores asilo...
protege á la pobre Zaida
mientras que vuelve Ramiro!
FAD. ¿Qué dolores te atormentan?
mi Zaida, deja el quebranto,
deten, bien mio, ese llanto;
¿qué pesares te amedrentan?
¿no me amas con pasion?
¿seguir mi suerte no quieres?
Si entre todos me prefieres,
¿de qué nace esa afliccion?
Si á mi lado eres dichosa
y de amarme no desistes...
recuerda me prometistes
el ser en breve mi esposa.
Tus penas deja, amor mio;
¿quién á tí se ha de atrever?
Pronto veremos volver
á Ramiro; en él confio.
ZAIDA. Mil esclavos me sirvieron;
vida y alma yo les dí:
mis ojos entre ellos vieron
una joya que perdí,
y tras la joya se fueron.
Ya con ansias mas suaves
el destino me acaricia...
la mar sostiene las naves
como el oro la codicia,
como las plantas las aves.
Pero yo siempre llorando,

con mis penas caminando,
no sosiego, yo no vivo;
¿qué es lo que has hecho, cautivo?...
¡siempre por tí suspirando!

FAD. Yo tu llanto enjugaré
con mi amor firme, constante;
tus suspiros calmaré
siendo tu rendido amante;
tambien tu esclavo seré.
Manda, ordena, Zaida mia,
cuanto quieras lo tendrás:
¿qué tu corazon ansia?
cuanto anheles lograrás
para calmar tu agonia!
Mil veces feliz momento
en que prisionero huí,
que en medio de mi tormento
Dios un ángel me dió en tí
que calmó mi sufrimiento.
No dejes de la memoria
el amor de mis amores,
que henchido el pecho de gloria,
sobre una alfombra de flores
tú me cantarás mi historia
bajo dorados doseles.

ZAIDA. Yo formaré de laureles,
de pasionarias y rosas,
de azucenas y claveles
las guirnaldas mas hermosas.
(Sigue la tempestad.)
¿Pero qué hablo, desdichada,
que dichas llego á soñar?
¡Soy una mujer culpada!
¿Cómo á esta desventurada
puedes, mi Fadrique, amar?

FAD. Pierde, mi Zaida, la color tu rostro,
y se baña tu mano en sudor frio:
¿qué vision te atormenta, vida mia?
todo respira aquí puro cariño.

ZAIDA. No oyes voces que cruzan los espacios
y los ecos responden á sus gritos?
«¿por qué abandonas el hermoso suelo

que Dios creó para vivir tranquilo?
Deja ese amor; para tu padre vive,
y no abandones los felices sitios
que te vieron nacer. Zaida querida,
no abandones, ingrata, tu castillo;
desprecia y abandona de tu pecho
la imágen ilusoria del cautivo:
la patria y el honor asi lo exigen,
y un padre cariñoso y dolorido
ya en Málaga combate á los rebeldes,
dando á su audacia singular castigo:
no... no puede vencer; las justas causas
no triunfaron jamás de los impios.
¡Pobre rey! sin su hija, sin corona,
su beso santo en el mayor olvido,
la patria y religion, ¡palabras vanas
que en la mente de Zaida se han perdido!»

FAD. ¡Recobra tu razon, bien de mi vida!.
¿Qué temes, dulce amor? Pronto Ramiro
á salvarnos vendrá, yo asi lo espero.
Piensa que por tu amor aliento y vivo.

ZAIDA. Temo la tempestad que ruge fiera;
escucho de mi padre los suspiros;
temo su maldicion y su amargura
cuando sepa he burlado su cariño;
temo como el pastor que su ganado
por los lobos feroces ve perdido;
temo cual cazador que diestro lanza
á la paloma su certero tiro,
y ve que se le pierde entre la bruma
y su vuelo remonta á lo infinito!
Oye, Fadrique, escucha; misterioso
me llama un ser con insondable grito:
la maldicion del cielo te acompañe,
con acento feroz ha repetido.
Bajo mis pies la tierra se remueve;
ruge indignado el firmamento mismo;
cubre la noche con su negro manto
el escabroso y elevado risco!
(Un trueno.)
¿Oyes cuál ruge la feroz tormenta?
Esperamos en vano! Que Ramiro

no volverá para calmar la angustia
que destroza mi pecho dolorido.

FAD. Zaida del corazon! calma tu pena,
ve que el dolor trastorna tu juicio!
no agraves con tus quejas infundadas
en aquestos momentos el conflicto,
si nos siguen las huestes agarenas
burladas quedarán!

ZAIDA. (*Mirando al cielo.*) Atroz delito!
abandoné á mi padre desdichado
y en esa peña encontraré el castigo!
El cielo contra mí indignado ruge
y su justicia aumenta los peligros!
(*Va á subir á la peña y se detiene.*)
Pero te amo, Fadrique; estoy dispuesta
á arrostrar los rigores del destino
y moriré tranquila si esta noche
sobre tus brazos con placer espiro!
Ellos nos buscan con feroz encono
de asesinarnos con afan inícuo,
y mi pecho presiente que esta noche
debemos sucumbir, Fadrique mio!
Antes que caiga mi cabeza herida
del yatagan por el cortante filo,
bajemos de esa roca despeñados,
gozosa yo me arrojaré contigo!...
Abandoné á mi padre... desdichada!
(*Se oyen voces lejanas.*)
Fadrique! ese rumor!... somos perdidos!
el cielo sobre mí su saña tiende!
los blancos alquiceles ya distingo!
Tigres sedientos de la sangre humana!
con Almanzor se acercan á este sitio,
brilla en su diestra la cortante espada;
derramar nuestra sangre es su designio!

FAD. Se acercan! es verdad!... Zaida, y no es tiem-
de que salvarnos pueda el buen Ramiro. [po
Amparad á mi Zaida, cielo santo,
por mi causa se encuentra en tal conflicto.
Salva á la triste que creyente ahora
ha abrazado la fé de Jesucristo!
subamos á esa cumbre solitaria!...

los verdugos se acercan, ya los miro!
(Otro trueno.)
ZAIDA. Madre de Dios soberana,
maravilla de la tierra;
premio de la fé cristiana,
blason puro do se encierra
el bien de la raza humana.
Á tí todos acudimos,
madre de los pecadores,
los que en el mundo sufrimos
con tan acerbos dolores,
hoy tu amparo te pedimos!
Ampáranos, madre mia!
míranos arrodillados
en tan feroz agonia,
exclamando acongojados
que Dios te salve Maria!
Tú que ahuyentas la desgracia
de los fieles que te imploran
con la mayor eficacia,
y salvas á los que lloran
porque llena eres de gracia!
Quebrantaste al enemigo
su cabeza venenosa,
el pecador es testigo
de tu bondad generosa
porque el Señor es contigo.
Diste claridad al cielo,
alimentaste á los seres
con cariñoso desvelo,
porque bendita tú eres
entre todas las mujeres.
Rosa pura de pasion,
que pagaste fiel tributo
con llanto del corazon;
tú nos diste redencion,
porque bendito es tu fruto.
(Con grande energia.)
Ven, Fadrique, subamos á la cumbre
de esa alta peña que gigante miro,
maciza mole que las nubes toca,
perenne centinela de estos sitios.

Allí no subirán, no... no me engaño!
Mas si no ayuda Dios nuestro designio,
si deciden llegar hasta la altura,
para buscarnos con fatal ahinco,
antes que suyos ser, morir nos vean
cayendo amantes de la peña unidos;
asi burlamos sus feroces iras!
y quedará á los venideros siglos
el recuerdo de amantes corazones
que supieron morir con heroismo!
(Suben á la peña precipitadamente.)

ESCENA VI.

ABEMBÚ, soldados y MORO 1.° y 2.°

MORO. Deben de estar por aquí,
porque cuando yo lo digo...
mi espalda lo conoció
y puede ser buen testigo.
Me dió con su corvo acero
cuatro porrazos ó cinco,
y si me suelta otros dos
quedo como un pajarito.
ABEMBÚ: Sagacidad y cautela:
no dejar un escondrijo
sin registrarlo muy bien.
(Varios soldados suben por la montaña.)
Perros; se nos han perdido!
en Antequera estarán,
esto será lo mas fijo.
Sus caballos se cogieron
y sin duda en el garlito
hubieran caido los dos,
y el escudero Ramiro,
si por la mala fortuna
no hubiese crecido el rio:
imposible fué pasarlo.
La precaucion, el sigilo,
todo rodó por el suelo.
MORO 1.° Y yo tambien me hallo vivo
despues del gran palizon.

ABENBÚ. Soldados, un buen registro.
Dos subid hasta la cumbre
de aquese endiablado risco;
tú, por ejemplo, muchacho,
tú tienes trazas de listo!

MORO 1.º Tan listo como un peñon;
como no vemos indicios...
y luego estoy tan cansado...
yo creo será lo mismo
no subir. (Porque la bruja
si me coge por descuido
me sube por esos cielos
sin que la dé mi permiso.)
Que suba otro mas valiente;
uno que sea delgadito.

ESCENA VII.

DIDHOS, MORO 2.º y soldados.

MORO 2.º Nada hemos hallado, nada,
á las orillas del rio.
La tempestad va creciendo
y estamos en muy mal sitio.
Volvámonos á Archidona.

ABEMBÚ. Ya se ha cerrado el camino
de la vida para mí
si no hallo los fugitivos:
morir, Abembú, es forzoso.

MORO 1.º Qué lástima, pobrecito!
qué perros son los cristianos;
aun cuando se hallen cautivos
se nos marchan por encanto.
Serán brujos los malditos?

ABEMBÚ. Almanzor por esos montes
parte como un foragido
gritando á voces venganza
por todo aqueste recinto.
Él abandonó los reales
por ver á su bien querido.
Pero hele aquí que se acerca
pesaroso y abatido!

ESCENA VIII.

DICHOS, ALMANZOR y soldados que salen por la derecha.

ALM. Hondo pesar mi corazon devora,
y me acosa fatal presentimiento;
para esta noche se aplazó mi vida;
mi madre me maldijo, y aquí advierto
en mi cabeza ardiente, que la abruma
la maldicion con su terrible peso!
(Se oyen voces.)
Pero esos gritos que el espacio atruenan...
Tal vez mi gente fiel ha descubierto...

ABEMBÚ. Señor...
(Aparecen Zaida y Fadrique en lo alto de la peña.)
Vuestros soldados diligentes
con los amantes fugitivos dieron:
miradlos en la punta de aquel monte,
ya son vanos sus débiles esfuerzos.

ALM. Id al punto; prended á esos infames
y á la presencia de Almanzor traedlos!

ESCENA IX.

DICHOS, ZAIDA y FADRIQUE en la punta de la peña.

ZAIDA. Valor, Fadrique! Deteneos, verdugos!
que no me dais pavor, os desafio!
No escuchareis de mí tiernos sollozos,
piedad no quiero hallar en los impios!
Escúchame, Almanzor, solo un momento!
Tú fuiste de tu padre el asesino;
tu madre te emplazó para este dia,
y la justicia del Eterno miro:
la muerte cerca la tendrás sin duda,
pues la voz de tu madre te maldijo!
Yo moriré primero! Soy cristiana!
(Movimiento de horror en los moros.)
á Fadrique idolatro con delirio,
y juntos bajaremos de esta cumbre
para llegar hasta la altura unidos.

ALM. Soldados, avanzad, vengan con vida,
que yo quiero gozarme en su martirio!
(Los soldados avanzan.)
ZAIDA. Ah!
FAD. Viles, deteneos! (Con resolucion.)
ZAIDA. Valor, Fadrique!
no acaben nuestra vida los impios!
Que contemplen con ojos asombrados
de nuestro amor inmenso el sacrificio,
y que este rasgo de valor cruento
la historia cuente á los futuros siglos!
(Se arrojan.)
TODOS. Ah!
(Relámpago, rayo que mata á Almanzor. Trueno.)
ALM. Ay de mí!... (Cayendo. Terror general.)
ABENZ. Rayo funesto!
la justicia de Alá ya se ha cumplido!

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 11 de Noviembre de 1862.

El Censor de Teatros.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

COMISIONADOS PRINCIPALES DE ESTA ADMINISTRACION.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	Paya é hijos.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	A. Lloret.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	L. Iribarñe.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	O. Carrascosa.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	F. Lopez Moreno.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra.
Bejar.	M. Illan.
Bilbao.	T. Astuy.
Búrgos.	T. Arnaiz.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	M. Savoie, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	F. Orellana.
Carolina.	H. Lozano.
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	J. Bosqui.
Ciudad-Real.	Viuda deGallego.
Córdoba.	M. Muñoz y Blasco y R. Arroyo
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	P. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	J. Lago, de la *Coruña.*
Figueras.	Viuda de Bosch.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida
Guadalajara.	F. Sanchez.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Haro.	M. Ibañez
Huelva.	F. Galvez Palacios.
Huesca.	M. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez y Compañia, de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	M. Gonzalez Redondo.
Lérida.	T. Casals.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	J. Rodriguez Perez.
Murcia.	T. Guerra.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	C. Ferris.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	E. Rincon.
Palma de Mallorca.	E. Pascual y J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	M. P. Moreno.
Puerto de Sta. María.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. B. Vidal.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	R. Gutierrez.
Salamanca.	T. Oliva.
San Fernando.	A. Molinelo.
S. Ildefonso (La Granja)	R. J. Serna.
Sanlúcar.	S. Lindres Echezárraga.
San Sebastian	I. R. Baroja.
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	P. Basañez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	J. Sancho Pulido.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	M. Sol.
Teruel.	A. Lázaro.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	A. Rodriguez Tejedor.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	C. Treviño.
Valencia.	F. de P. Navarro.
Valladolid.	D. Jover.
Vich.	J. Soler.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	S. Hidalgo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	M. Conde.
Zaragoza.	M. Diaz.

MADRID. Librerias de la ***Viuda é hijos de Cuesta***, y de ***Moya y Plaza***, calle de Carretas; de ***A. Duran***, Carrera de San Gerónimo; de ***L. Lopez***, calle del Cármen, y de ***M. Escribano*** calle del Príncipe.

